

UNIVERSIDAD TEOLÓGICA DEL CARIBE

RESEÑA CRÍTICA

LA CRISIS COMO LUGAR TEOLÓGICO DE RESPONSABILIDAD Y OPORTUNIDAD

DE JUSTO L. GONZÁLEZ:

ESTE TRABAJO ES PRESENTADO AL
PROF. JOSÉ CASTRO FALCÓN EN CUMPLIMIENTO DE
LOS REQUISITOS DEL CURSO TH 599
INTRODUCCIÓN A LA TEOLOGÍA

POR

GERMÁN R. BERGOLLO ESPINO

SAINT JUST, PR

21 SEPTIEMBRE 2025

Reseña Crítica:

La crisis como lugar teológico de responsabilidad y oportunidad de Justo L. González

El artículo de Justo L. González plantea una reflexión profundamente actual: la crisis no es únicamente un escenario de dolor y ruptura, sino un lugar de discernimiento, oportunidad y, sobre todo, de responsabilidad teológica. González nos invita a comprender que la iglesia y la teología no pueden desentenderse de los momentos de dificultad; al contrario, es precisamente en medio de ellos donde la fe cristiana debe demostrar su relevancia. Esta idea desafía la visión tradicional que considera la crisis como un simple paréntesis negativo que hay que superar lo más rápido posible. En su planteamiento, la crisis se convierte en un escenario privilegiado donde Dios sigue hablando y llamando a su pueblo a la acción.

Desde una perspectiva personal, este enfoque resulta profundamente humanizador. En tiempos donde el miedo, la incertidumbre y el desarraigo parecen ganar terreno, la teología adquiere sentido cuando es capaz de acompañar y dar respuestas prácticas. La propuesta de González evita tanto el derrotismo como el triunfalismo fácil, y abre un camino intermedio: reconocer la gravedad de la crisis, pero al mismo tiempo afirmar que dentro de ella se gestan nuevas posibilidades para la fe y la misión de la iglesia.

Este planteamiento resuena con la Biblia, donde las crisis han sido momentos decisivos de revelación. Job encontró un nuevo conocimiento de Dios en medio del sufrimiento; Jeremías, aun lamentando la destrucción de Jerusalén, proclamó que “nuevas son cada mañana las misericordias de Dios”; y los discípulos, tras el trauma de la cruz, descubrieron la victoria de la resurrección. En cada caso, el dolor abrió un horizonte de esperanza. La lectura inicial provoca preguntas necesarias: ¿cómo discernir la voz de Dios en medio del caos? ¿De qué manera la iglesia puede ser luz en tiempos de confusión global? Y sobre todo, ¿qué significa vivir la fe con responsabilidad en contextos donde las certezas parecen resquebrajarse?

Estas preguntas marcan el rumbo de la reflexión crítica que este ensayo busca desarrollar.

González sostiene que las crisis son inevitables y recurrentes en la historia de la humanidad y de la iglesia. Desde los primeros cristianos perseguidos por el Imperio romano hasta las actuales tensiones de la globalización, la fe siempre ha debido encarnarse en medio de contextos convulsos. Lejos de debilitarla, estas circunstancias han sido catalizadores de crecimiento y renovación espiritual. El autor sugiere que la iglesia no debería temer la crisis, sino aprender a interpretarla como parte del proceso por el cual Dios transforma y dirige a su pueblo.

Uno de los aportes más valiosos del artículo es la relación entre crisis y oportunidad. En la Biblia encontramos múltiples ejemplos de cómo, en momentos de aparente derrota, Dios abre caminos nuevos. El éxodo de Israel de Egipto, la deportación a Babilonia o incluso la cruz de Cristo son claros testimonios de cómo las situaciones más oscuras pueden convertirse en escenarios de liberación y esperanza. La teología, en este sentido, no debe limitarse a explicar doctrinas, sino a discernir cómo la fe puede ser aplicada en medio de realidades adversas.

A nivel histórico, también vemos este patrón. La Reforma protestante, aunque nació en medio de crisis eclesiales, produjo una renovación en la lectura bíblica y en la participación de los laicos. La iglesia latinoamericana, en medio de dictaduras y pobreza, desarrolló la teología de la liberación, que colocó a los pobres en el centro de la reflexión cristiana. Hoy, tras la pandemia del COVID-19, muchas comunidades de fe redescubrieron la importancia de la solidaridad, la ayuda mutua y la espiritualidad doméstica.

En el contexto actual, esta perspectiva resulta urgente. Las guerras, la migración forzada, la violencia de género, el cambio climático y la creciente desigualdad social son ejemplos de un mundo que se encuentra en permanente tensión. En medio de estas realidades, la iglesia enfrenta el reto de no quedarse paralizada ni encerrada en un discurso abstracto.

Tal como propone González, la crisis obliga a un ejercicio de responsabilidad: reconocer los dolores del pueblo, acompañar a los más vulnerables y, al mismo tiempo, proyectar una esperanza activa que no sea mera evasión.

Aunque la propuesta de González es profundamente enriquecedora, merece una revisión crítica en varios puntos. En primer lugar, el énfasis en la oportunidad que brinda la crisis puede llevar, si no se maneja con cuidado, a una cierta romantización del sufrimiento. No todo dolor trae automáticamente crecimiento espiritual; en muchos casos, las crisis dejan heridas profundas que requieren procesos largos de sanidad. Aquí podría haberse hecho un mayor énfasis en la dimensión pastoral y terapéutica de la fe, subrayando la necesidad de acompañamiento comunitario y psicológico además del discernimiento teológico.

Otro aspecto que podría cuestionarse es la falta de ejemplos concretos de cómo la iglesia actual puede traducir en acciones la responsabilidad teológica en tiempos de crisis. El planteamiento es claro a nivel teórico, pero corre el riesgo de quedarse en lo abstracto si no se conecta con prácticas específicas: proyectos de justicia social, acompañamiento a migrantes, defensa de la creación o promoción de la paz en contextos de violencia. El discurso adquiere más fuerza cuando se encarna en acciones palpables y verificables.

Asimismo, aunque González diferencia bien entre responsabilidad y oportunidad, podría profundizar más en cómo se articula la esperanza cristiana con las realidades de injusticia estructural. La teología de la liberación, por ejemplo, ha aportado claves sobre la necesidad de una fe que denuncie sistemas opresivos y no solo los interprete. Sin esta dimensión profética, la teología corre el riesgo de volverse conformista o evasiva frente al dolor de los pueblos. Por otro lado, es justo reconocer que el artículo tiene un gran mérito: rescatar el carácter dinámico de la fe. Frente a visiones estáticas o reduccionistas de la teología, González recuerda que la vida cristiana es siempre un peregrinaje en medio de tensiones y

que la crisis, aunque dolorosa, puede ser el terreno donde florecen nuevas formas de servicio y misión. En este sentido, su planteamiento es un llamado a no temer el cambio, sino a enfrentarlo con madurez espiritual.

La reflexión de Justo L. González nos invita a mirar la crisis desde un ángulo distinto: no sólo como amenaza, sino como espacio donde Dios continúa actuando y llamando a su iglesia a responder con fidelidad. En tiempos donde la incertidumbre parece ser la norma, la propuesta resulta profundamente esperanzadora. La crisis, entendida como lugar teológico, nos recuerda que la fe no es estática, sino dinámica, y que cada generación debe aprender a encarnar el evangelio en sus propios desafíos históricos.

Sin embargo, el reto está en no quedarnos en un plano teórico. La iglesia está llamada a traducir esta visión en acciones concretas que encarnan la esperanza del evangelio: cuidar al enfermo, acompañar al migrante, denunciar la injusticia, promover la reconciliación y servir a las comunidades más olvidadas. Solo así la crisis se convierte realmente en un espacio de oportunidad y no en un simple discurso optimista.

En lo personal, considero que este artículo nos ayuda a mirar nuestras propias crisis individuales y colectivas con nuevos ojos. Nos recuerda que Dios no está ausente en medio del dolor, sino que, a menudo, es en el fuego de la prueba donde se forja una fe más auténtica. Como creyentes, estamos llamados a ver en la crisis no solo el riesgo del despenadero, sino también la posibilidad de un nuevo comienzo.

En definitiva, la propuesta de González no es solo una reflexión académica, sino una invitación práctica: hacer de cada crisis un lugar de encuentro con Dios y de servicio a los demás. Esa es, sin duda, la verdadera responsabilidad y la mayor oportunidad de la teología hoy. Si aceptamos este desafío, no solo sobreviviremos a las crisis, sino que aprenderemos a transformarlas en testimonios vivos de la gracia y el poder de Dios en nuestra historia.

Referencias

González, Justo L. “*La crisis como lugar teológico de responsabilidad y oportunidad*”.
Capítulo de Puerto Rico: AETH, 2020.

La Biblia. Versión Reina Valera, 1960.